

La Filosofía de la Libertad

como guía del nuevo paradigma de la creatividad artística.

Herbert Witzmann

Capítulo 1

Objeción renovada contra la conciencia pensante.

Lo siguiente es un intento de demostrar la gran trascendencia, hasta ahora no reconocida, de la dimensión ética-estética de *La Filosofía de la Libertad* - no solo como es el caso en su propia estructura de la primera parte de esta obra, sino también como realmente representa un potente impulso orientativo y de despertar - planteando nuevamente y en mayor medida las objeciones habituales que se formulan respecto a este trabajo. El artista no está dispuesto de ninguna manera a ser educado por el pensador, porque en los conceptos de este último no ve nada más que sequedad, y la conciencia pensante se le presenta como un páramo en el que su creatividad no puede echar raíces, y del que no puede nutrirse. El artista no necesita seguir esos caminos equivocados que se encierran en círculos desesperados, más bien está llamado a mostrar al "filósofo" los frutos maduros del arte que, en lugar de pensamientos secos, ofrecen la mano extendida a cualquiera que entre el jardín florido, que las más selectas cuidadoras ordenan para refrescar a los traicionados y agotados por la abstracción.

Capítulo 2

La necesidad de deshacerse de la mentalidad acostumbrada

No se repetirá lo que se ha hecho anteriormente a este respecto. Sin embargo, la cuestión de la conciencia, que se plantea de nuevo y con más urgencia, no puede eludirse. Esta segunda parte, en general, no puede evitar solaparse con la primera, ya que se trata del mismo tema y bajo puntos de vista similares, aunque dirigidos desde preocupaciones diferentes. Porque la estructura de este libro no es, como esta presentación ha intentado dejar claro, un marco rígido sino un evento, un acontecimiento vivo. Y es precisamente este aspecto, que mucho más allá de un estímulo temporal se adapta para convertirse en un compañero constante del artista, un guía de su vigilia sobre sí mismo, un consejero para sus aspiraciones hacia el aumento y puesta en valor de su saber hacer.

Por tanto, son necesarias algunas reflexiones preliminares, antes de que este camino de formación pueda desarrollarse en relación con su estructura subyacente. Después de todo, se requiere una preparación para ese tipo de mentalidad que es la única que puede adquirir la aptitud para conferir al contenido formativo de este ensayo su pública estima.

Dado que este ensayo se presenta para ser recomendado al artista como manual de formación de sus mejores posibilidades, como un libro de meditación, es necesario volver a ocuparse de la reserva, incluso la repulsión que muchos artistas tienen con respecto al pensamiento. Un estudio histórico y algunas consideraciones consiguientes podrían ser adecuados para acabar con el prejuicio que bloquea la entrada al reino experiencial de *La Filosofía de la Libertad*. Incluso cuando uno está familiarizado con este prejuicio y ha comprendido su falacia, no obstante solo en virtud de ese entendimiento no se está preparado todavía para este ámbito de una estética de la libertad. Porque esta preparación equivale a algo más que conocimientos almacenados en la memoria. Requiere una actitud cultivada interiormente, a la que sólo puede conducir la ejecución, en el sentido de que también un virtuoso debe cultivar la disposición permanente de su habilidad mediante ejercicios básicos diarios para no perder su hilo. Por tanto, el autor pide perdón y comprensión, si ahora presenta algo que a algunos puede parecer conocido, demasiado conocido, y que incluso parece haber abordado ya en otro contexto. Después de todo, está menos preocupado por los contenidos conceptuales, sin los cuales simplemente no es posible la comprensión, y más por una serie de observaciones y movimientos psíquico-espirituales. Realizarlos interiormente y tomar conciencia de su secuencia dentro de un contexto orgánico es en lo que consiste la formación. Lo que en realidad constituye un progreso, es precisamente la progresión en una serie de esfuerzos exigentes que se apoyan mutuamente. El significado radica en la construcción orgánica espiritual del ejercicio general. Esta construcción meditativa, que es objeto de la siguiente descripción, se destaca claramente ante la mirada dirigida a las ideas cubiertas por *La Filosofía de la Libertad*. Si uno sigue la sugerencia dada aquí, entonces reconocerá el todo que constituye su sustancia, tal vez como no menos obvio que los contenidos que tienen sólo un papel mediador. Sin embargo, esto requiere también el paso de algo aparentemente conocido. Este pasaje en sí no se conoce, porque siempre debe hacerse de nuevo. Y el resultado de este esfuerzo permanente está indiscutiblemente alejado de los contenidos que solo les sirven de estímulo. Sin el esfuerzo de deshacerse, al menos en parte, de la mentalidad habitual, no se obtiene una visión adecuada de lo que se quiere decir y se aspira aquí.

Capítulo 3

Estudio histórico y camino contemporáneo

Los orígenes de la civilización griega se encuentran en un mundo del nacimiento del hombre. Por supuesto, su luz se cierne sobre la oscuridad de Erebus¹ y las nubes de tormenta del destino cuelgan de su cielo. Pero la naturaleza y la sobrenaturaleza están llenas e impregnadas de seidad divina espiritual. Prueba de ello no sólo la dan los mitos griegos con sus caracteres divinos y espíritus elementales, sino no menos el arte griego, para el cual el bello cuerpo humano es al mismo tiempo divino.

¹ [1] En la mitología griega, Erebus / 'ερεβος, -əb - /, [1] también Erebus (griego antiguo: "Ερεβος, Ἔρεβος, "oscuridad profunda, sombra" [2] o "cubierto" [3]), a menudo se concibió como una deidad primordial, que representa la personificación de la oscuridad; por ejemplo, la Teogonía de Hesíodo lo identifica como uno de los primeros cinco seres en existencia, nacido del Caos.

El gran poeta griego nos trae noticias de este mundo divinizado que aún hoy nos conmueve cuando recoge su canto de los labios de un ser espiritual viviente: “Canta, oh diosa...”, “Cántame, musa...”, así comienzan los poemas homéricos.

La lucha y la división entre el mundo y el alma, como es el caso del hombre moderno, aún no existían en ese momento. También Aristóteles, que derroca y supervisa este período temprano, lo confirma. Él ve el rasgo principal de la filosofía griega más antigua en el hecho de que no distingue entre percepción y pensamiento. La interioridad y la exterioridad se fusionaban para los presocráticos. De ahí que los elementos agua, aire y fuego fueran considerados por ellos como principios cósmicos. El pensamiento se encuentra pegado, como el color a las cosas. La prueba está en el hecho de que se puede pensar algo. Hoy se puede formar una representación de semejante experiencia al despertar repentinamente de un sueño profundo por un ruido. Por el despertar repentino uno tiene al principio dificultades de separarse de la unidad que fluye, de la plenitud, incapaz de designarse a sí mismo por un lado y a la experiencia por el otro. Aquí resuena un estado anterior de la mente, vigente en esa época.

Este tipo de conciencia, que todavía carece en gran medida de la división entre sujeto y objeto, se opone a nuestra conciencia actual, que despierta en la dureza de esta división. La nostalgia de muchos artistas con respecto al desarraigo de esta mentalidad, así como su tendencia a retratar esta experiencia con crueldad, es un anhelo (quizás no del todo consciente) de volver a ese viejo estado de poderosos sentimientos matriarcales de plenitud. De estas vivencias nacieron los magníficos impulsos creativos, de los que dan testimonio los monumentos artísticos de esa época. El arte “puro” y “comprometido” (para usar una palabra favorita actualmente) son igualmente nostálgicos.

En ese momento, las personas aún no estaban paradas en los acantilados de la realidad, la iluminación de la propia identidad aún no había golpeado su ser. Sin embargo, esta visión artística y humana en general, aún inconsciente, estaba simplemente impregnada de poderes psíquicos espirituales que inundaban el mundo entero. Este era el mar en el que nadaba el griego y del que no necesitaba salir para encontrarse. Más bien, experimentó el contenido espiritual de su alma tanto más fuerte y rico cuanto menos tenía desarrollada la conciencia subjetiva.

Quien tratara hoy de sumergirse en un estado total del flujo creativo, repleto de infinidad de formas, no puede negar que no se puede apartar del cambio de conciencia que ha sido provocado las últimas épocas culturales. El anhelo de volver a este estado es engañoso, porque la regresión es, después de todo, sólo la aplicación de fuerzas mejoradas en otra dirección que manifiestan así su alteridad. Estas fuerzas permanecen como un impacto falseador en la supuesta zona de reaparición, que no es ni pasado ni futuro y por no hablar del presente, por lo tanto propiamente no temporal. Porque ese deseo no alcanza la corriente original de la experiencia, sino su residuo memorial disminuido que permaneció en las subcapas de su anhelo. Allí el ser humano se encuentra con el mundo del instinto ya no divinizado, sino demonizado. Conocemos más que suficientes ejemplos de eso.

Sin embargo, solo se obtiene una comprensión completa del cambio de paradigma indicado cuando la atención se centra en el evento decisivo de la historia de la humanidad. Con la fundación del cristianismo (como nos atestiguan los documentos) lo extrahumano-divino anterior se ha revelado como humano-divino. Dios se hizo hombre. Si esto no es solo un sueño, sino una realidad; esto significa que no podemos encontrar lo divino como algo natural, que en el apogeo de su naturaleza ya no está conectado con los reinos subconscientes de nuestro ser y que por naturaleza llevamos dentro de nosotros. Más bien, debemos encontrarlo allí donde somos plenamente conscientes de nuestra individualidad. Sin embargo, conscientes de nosotros mismos, solo estamos en esa etapa en la que filtramos nuestra experiencia con el carisma acumulado de nuestra atención.

Los seres humanos han necesitado mucho tiempo para comprender esto. Incluso hoy en día todavía no lo han entendido del todo: ha comenzado una nueva era de la creatividad, su gran promesa debe hacerse consciente y tomarse en cuenta. Pero la gente está asombrada, deslumbrada por el gran evento y atribuye su pérdida de equilibrio a razones desconocidas. Porque muchos todavía buscan la creatividad no en la luz sino en el crepúsculo o en la oscuridad.

Pero, ¿podría ser que la encarnación de Dios no sea más que un conmovedor cuento de hadas? y ¿pueden los resultados de la observación psíquica (introspección), que son las únicas declaraciones en las que podemos confiar con certeza, informarnos sobre este asunto?

Puede. Los ejemplos más simples serán suficientes aquí. Cuando con respecto a un evento de la naturaleza nos formamos el juicio: "Al relámpago le sigue el trueno", hemos puesto dos percepciones en un contexto conceptual, las hemos conectado al concepto de "secuencia cronológica". Hemos puesto dos percepciones, cuya ocurrencia debemos esperar, en un contexto a través de una conjugación, que no podemos esperar, sino *hacer o abstenernos de hacer*. Es necesario crear una claridad total sobre este hecho, que lo meramente perceptual en sí mismo no muestra ningún contexto o conexión, ni causal ni meramente cronológico, ni siquiera el hecho particular en su diferencia o conexión con otros hechos. El contexto, sea del tipo que sea, no se puede ver ni oír, ni percibir de ninguna manera, sino sólo pensar. "Pensamiento" equivale a "traer fortaleza". Sin embargo, aquí no queda margen para la discreción limitada, sino que los pensamientos se moldean y co-configuran según lo determinan sus propias leyes intrínsecas. Los pensamientos "anteriores" y "posteriores" pertenecen a un orden subordinado al pensamiento "tiempo" y por este último se insertan en la estructura general compuesta de la lógica. Estos pensamientos los podemos y debemos suscitar, pero sin que podamos modificarlos. Aunque normalmente estamos acostumbrados a una acción modificadora, aquí nos enfrentamos al hecho peculiar, generalmente desapercibido, pero sin embargo completamente evidente, de que el objeto de nuestra acción pensante en sí mismo nos impone su contenido. No somos nosotros los modificadores aquí, pero somos nosotros los que somos modificados. Hacemos algo que se diferencia de todos los demás actos en el sentido de que no cambia el acto, sino el agente del acto. Aunque en el curso inicial del pensamiento sentimos que estamos en

una especie de niebla, sin embargo también sentimos al mismo tiempo que detrás del velo gris hay manos por todas partes esperando que las agarremos. Si hacemos esto, nos agarramos a nosotros mismos, nuestro movimiento está dirigido y, siguiendo esta dirección y guía, desvanecemos la neblina. En este reino de percepción así abierto, aparece una figura luminosa que arroja luz, es decir, contexto, por todos lados. Este es el pensamiento que nos atrapa, mientras lo captamos. El pensamiento está siendo captado.

No sería muy práctico negarse a estar más dispuesto a dar seguimiento a esto, porque se trata de algo que se conoce. Impresionarse teóricamente con las diferencias y procesos de los que hablamos no conduce a ese cambio esencial que se logra con la práctica. Que la percepción y el pensamiento se pueden distinguir de cada cosa, se aprende rápidamente. Sin embargo, otra cosa es tomarse en serio este hecho preguntándose siempre en cada caso concreto qué es la percepción y qué es el pensamiento, qué se observa como no-hacer y qué se piensa como hacer. Realizar hasta los detalles más sutiles y mucho más meticulosamente de lo que fue posible aquí a partir del único ejemplo brevemente indicado es un esfuerzo que vale la pena. Porque es el punto de partida de un camino de gran alcance. Si uno lo persigue, pronto se hará evidente que la observación psíquica (introspección) confirma la herencia cristiana.

Capítulo 4

Intercambio del Ser, autoconciencia / oración / La creatividad cristiana

Esto nos lleva al inicio del curso de formación que se describirá aquí.

En el acto de pensar, estamos siendo pensados. Pensar es devoción en la entrega², es unificación sin ningún rastro de reserva, pero no un auto-abandono, sino autorrealización de sí en siendo realizado, es un intercambio del Ser. Cada una de las manos que se agarra a sí misma en este intercambio, se agarra a sí misma en las otras. Pues logramos, sin perder nuestra existencia individual, una nueva existencia en el mundo universal del pensamiento, con este último, sin perder su existencia universal, logrando una nueva existencia en nuestra conciencia individual. Se puede observar esta interpenetración de los dos modos de conciencia y la transición de una en la otra, pero no se puede hablar de práctica al menos que haya observación.

Por lo tanto, tratemos de informarnos más meticulosamente sobre la naturaleza de las manos que se agarran mutuamente en el pensamiento.

La mano que agarramos es nuestra propia mano, aunque esté extendida hacia nosotros, porque no agarramos nada que no sea nuestra propia actividad. Y, sin embargo, la mano agarrada no es la mano pequeña de nuestro ser limitado, sino la mano grande de nuestra naturaleza de hombre espiritual que se extiende hacia nosotros desde el cosmos. Pero, una vez más, es también nuestra propia actividad la que está arraigada en nosotros

² Aquí son posibles varias traducciones, b.v. entrega, compromiso, dedicación.

mismos, se aferra más allá de nosotros y hacia nosotros. Al agarrarse a uno mismo, en el pensamiento, las manos son, por tanto, co-esenciales, aunque provengan de diferentes reinos. Dado que esto es así, se empareja una experiencia con este pensamiento observado que nos permite comprender lo que de otro modo sería un sentimiento vago. *Esta experiencia solo ocurre al observar físicamente el proceso de conceptualización.* Está ausente durante el uso inconsciente de los pensamientos, los que continuamente usamos normalmente, pero sin observarlos o, sin tomar nota de ellos.

No es difícil comprender la diferencia que nos importa aquí. Cuando dirigimos nuestra actividad pensante a algo diferente de él, un árbol, una piedra, entonces tenemos conciencia de algo inicialmente extraño. Tal es el carácter general de nuestra conciencia que en la mayor medida es conciencia ajena. Porque también nuestra mano como objeto de nuestra observación pensante es algo extraño que debemos investigar. Sin embargo, cuando nuestra observación se dirige a un pensamiento, a la aprehensión resultante del intercambio del ser, entonces no es la conciencia de algo extraño lo que surge, sino de algo propio: surge la autoconciencia. Lo semejante aprehende lo semejante y la igualdad se produce a través de la transubstanciación. Es solo en virtud de esta observación que obtenemos la explicación de esta auto-sensación, de otro modo, incomprendida. Nuestra mano ya no nos es ajena, y solo ahora se ha convertido en nuestra.

Por tanto, la autoconciencia surge necesariamente en el pensamiento. Es el intercambio de ser del individuo y el yo universal, un *religere* (conexión, unificación) del hombre con lo divino. La autoconciencia que se aprehende a sí misma es religión. Por eso se cruzan las manos en oración: es la imagen del pensamiento, de la autoconciencia en el aprensivo proceso de ser aprehendido. Las manos que en pensamiento están unidas a modo de oración dicen la más íntima y suprema de todas las oraciones: el contenido de la cual es que el yo cósmico muere en el yo terrenal y que el yo terrenal resucita en el yo cósmico. Esta oración es la observación del pensar en el pensamiento resultante del intercambio del ser. No es una oración de petición, sino una oración testimonial. Porque es la verificación siempre presente de la tradición cristiana. Podría ser una oración incesante.

Esta verificación no requiere ninguna confirmación externa, ni de "los evangelios" ni la del dogma. Porque es la apertura de la puerta al mundo espiritual que no nos abre como en la época del helenismo en la sensualidad, sino en la moral, lo que ennoblece la percepción en percepción moral. Por eso Cristo Jesús, según la tradición de los Evangelios, dice: "Yo soy la Puerta". El "Yo soy", que se experimenta en el intercambio espiritual del ser, es la entrada al mundo espiritual en la forma en que se nos presenta desde el Misterio del Gólgota, el traspaso del umbral al mundo espiritual.

El mundo espiritual en sí mismo ha experimentado un desarrollo. Ya no es el elemento que fluye a su alrededor el que, como en los días del amanecer griego, transmitía sus impulsos creativos a las personas que nadaban dentro de él. La humanidad ha pasado psíquico-espiritualmente de las branquias a la respiración pulmonar. El hombre ya no nada como pez en el agua. El elemento que lo llena de vida no es al mismo tiempo el

elemento que lo rodea y lo sostiene. En cambio, se para en un terreno más duro, que a través de la colisión entre el sujeto y objeto en su exposición a una conciencia extraña le permite experimentar su independencia. Ciertamente, el aliento vivo del pensar, que llena al mundo entero con su virtud donante, mantiene a todas las criaturas (todas perecerían sin el espíritu creativo al que deben su forma y hábitat, y nos otorga nuestra existencia y, de hecho está nutriendo el Yo del olvido de lo que consume inconscientemente. Sin embargo, solo puede liberar el elemento viviente de la concepción de su espíritu edificante en un intercambio de respiración espiritual de conciencia plena. Solo el conocimiento que se extrae de lo no espiritual despliega las alas para volar en lo espiritual. El elemento espiritual del aire ya no procura soporte como un espíritu inconsciente, sino exige el poder para extender y mover sus alas.

De este modo se arroja una luz contemporánea sobre la cuestión de la *cognición consciente*. El estudio anterior ha demostrado que los poderes creativos se han conectado de una manera hasta ahora desconocida con el interior humano. Por tanto, la cognición consciente asume en su rango creativo un significado completamente nuevo. Se comprende este cambio de paradigma sólo cuando se reconoce su causa histórica. Quien malinterprete el fundamento del cristianismo y su salvación, no obtendrá conocimiento. Sin embargo, la tradición histórica del evento y su continua influencia seguirían siendo un dialecto extraño para nosotros, si no fuera traducida y confirmada por la observación psíquica. Que el acontecimiento más grande de la historia del mundo y el del pensamiento es al mismo tiempo el acontecimiento interior más grande de la humanidad, que el pasado y el futuro pueden, en el proceso de observación psíquica, ser transformados en cualquier momento en una presencia viva, otorgan a la creación artística una nueva confianza y nueva conciencia. La certeza que los documentos no pueden aportar, la puede dar la propia experiencia. Rudolf Steiner, en este sentido, ha colocado su Filosofía de la Libertad según sus propias palabras sobre una "base paulina". Conduce a la obra cristiana de salvación no a través de la fe, sino tomando conciencia de ella. Esto no expresa un contenido de creencia sino un contenido cognitivo cuando designa lo que ha contemplado: "No yo, sino el Ser de la Verdad en mí". Este conocimiento de observación fluye hacia la nueva creencia, la creencia en la contemplación de la inconmensurabilidad del mundo espiritual.

Esta es la experiencia básica del artista que sigue su formación en *La Filosofía de la Libertad*. Es la experiencia sobre la actualidad de las fuentes fluidas de la creación artística y la intemporalidad de todos los demás impulsos. La creación artística verdaderamente moderna solo puede ser cristiana. Esto no significa una confesión en el sentido de las denominaciones que se adhieren a la fidelidad receptiva precristiana. Es más bien un testimonio del apego activo al espíritu que es irradiado por la luz más brillante de la cognición consciente. Este es el nuevo estado de ánimo de la creatividad.

Capítulo 5

La nueva era artística / Protección / El excepcional estado mental de vigilia

La certeza paulina confirmada por la propia experiencia, es el punto de partida de la formación artística que *La Filosofía de la Libertad* muestra al artista. Es la convicción inherente a la cristiandad y significa la *cognición consciente* de la creatividad, una experiencia ganada por la actividad de la supraconsciencia universal en la conciencia plenamente individual. Cristiano no es el contenido o el objeto de la obra de arte. La elección de tal reproche puede, según el modo de conciencia, ser completamente anticristiano y, por lo tanto, poco artístico. Cristiana es solo la mentalidad del artista, la plena conciencia del intercambio de Ser. Esto solo ha sido completamente explorado en nuestro tiempo, en la reevaluación de su importancia en el trabajo de Rudolf Steiner. Con ello se inauguró no sólo una nueva era artística, sino también una nueva era del cristianismo. Esto se desarrollará a continuación.

Otras experiencias también están conectadas a esta experiencia básica indicada para el artista moderno. Dado que estas son etapas posteriores a esta guía de formación, se describirán a continuación.

La experiencia que, para empezar, está relacionada con la experiencia del intercambio del Ser es, de la protección. Su naturaleza también se desarrollará en la observación psíquica. El artista precristiano, el ser humano precristiano, sólo conoce lo divino triunfante, el espíritu glorificado. Capaces de sufrir, son pasibles sólo los héroes semidivinos, que después de realizar sus hazañas son llevados a un mundo sin sufrimiento. Cristiana, en cambio, es la experiencia del descenso (a veces se habla también de la masedumbre), la experiencia del espíritu abnegado. El espíritu ya no es un señor externo, sino interno al hombre, su libre señorío sobre su propia naturaleza inferior. Por eso el espíritu en su entrega a la libertad humana, se ha convertido en un "servidor", ha asumido, como lo expresa la tradición, la "servidumbre", en la cual se expresa solo lo que no retenga la plenitud de la esencia al hombre, el cambio del Ser en el Ser.

El hombre ya no es un receptor de los dones de un espíritu que habita fuera de su conciencia: se ha convertido en el agente del espíritu. Pero de ahí surge en él también una responsabilidad de la más alta e íntima clase: como agente, ha asumido la protección del espíritu en su alma. Debe vigilar el umbral, del cual debe ser consciente, antes de que el espíritu se mueva dentro de él. No puede renunciar a esta responsabilidad, pues se resuelve en su hacer, es un sinónimo de esta última. También continúa activo (el impulso desconocido para él de sus malas acciones), en caso de que no esté dispuesto a saberlo, o crea que no puede ser conocido. Porque se tienta la relación operativa con el espíritu. Por lo fácil que es para el ser humano poner el pensamiento al servicio de sus necesidades y al mismo tiempo olvidar y negar su sustancialidad espiritual. Puede pensar en el mundo como algo no espiritual, material, para lo cual realmente necesita el espíritu, el pensamiento. Es cierto, en la antigua Grecia ya existían pensadores materialistas. Pero eran apariciones individuales dentro

de una cultura irradiada por el brillo del espíritu. Este mundo aún no era como el nuestro, impregnado de materialismo en todas sus fibras. Para los atomistas griegos, la representación del mundo como una composición de partículas materiales bajo el dominio de una necesidad desalmada es un descubrimiento. Esta exploración conceptual corresponde a la naturaleza de la filosofía griega que intenta todas las posibilidades del pensamiento. El modo materialista de representación es uno de los muchos otros medios de sondeo y descubrimiento, cuya riqueza se extiende ante nuestros asombrados ojos. En su esencia, la cultura helenística no se vio afectada por ella. Hoy, sin embargo, vivimos en una civilización que ha asumido el materialismo en su voluntad creativa, para la cual el mundo es una enorme máquina autodestructiva y el mecanismo humano una complicada cuestión de azar dentro del proceso cósmico de destrucción: el hábito del pensamiento, de que en el interior humano sólo pueden aparecer las sombras de la realidad, pero en la que su fuente viva no puede emerger, para lo cual todos los atributos de la realidad son cantidades y toda cualitatividad es sólo un autoengaño determinado a través de nuestro organismo. Esta descalificación del mundo es una auto-traición del ser humano – y no es de extrañar que en la demanda de calidad de vida, sin saberlo, el se busque a sí mismo. Sorprende, sin embargo, que se hable de calidad de vida sin conocer el origen de su descalificación y de ahí la naturaleza de lo cualitativo. La verdadera deficiencia en la calidad de vida es la caída intelectual de la humanidad actual, la negación del “No yo, sino el Ser de la Verdad en mí”, esa certeza que es precisamente así, porque el ser humano no es receptor sino agente de el espíritu. Esta experiencia luminosa, que para el ser humano que ha despertado interiormente constituye el centro de su observación psíquica, debe ser defendida por el ser humano de hoy contra el dragón del materialismo y el intelectualismo en su propia alma, contra esa oscura prole que busca extinguir todo esclarecimiento incandescente que no se consume con el estrépito. En el intercambio del Ser, el protector por su parte recibe la protección del протѣй.

Pero, ¿cómo se otorga esta protección? El materialismo es olvido, olvida el pensamiento al que debe su origen, es mudez, desorientación. Utiliza el pensamiento, que sólo a través de sus pensamientos determina la materialidad como tal, para representarla en sí misma como material (por tanto, el determinante como aquello que está determinado por él). Confunde el pensamiento con su objeto, materializa la inmaterialidad e inmaterializa la materialidad, sin saberlo, de nuevo mientras dirige sus pensamientos hacia ella. Este auto-olvido materialista no hubiera sido posible, si estos procesos no se desarrollarían en el organismo humano que suprimen el pensamiento. Esta actividad supresora de nuestro organismo es al mismo tiempo la de la transmisión de nuestras percepciones. Porque estas últimas no tienen contexto, y por lo tanto privadas de espíritu. Incluso si pudiéramos mirar un globo desde el exterior en toda su superficie y al mismo tiempo mirar desde su centro a su superficie, no percibiríamos un globo, sino solo innumerables detalles incoherentes. E incluso si pudiéramos crear una percepción en forma de forma de lo que es perceptible desde un globo, faltarían las percepciones de los otros sentidos. No se puede percibir un globo, solo es posible pensarlo, o más precisamente pensar en él, penetrarlo con el pensamientos al imbuir todos los detalles perceptibles con la forma sensorialmente imperceptible del globo.

Esta forma espiritual imperceptible es reprimida por nuestro organismo, en la medida en que este último nos transmite nuestras percepciones. A través de esta supresión se rompe la banda espiritual que nos conecta con el mundo exterior. Necesitamos esta separación de la unidad espiritual del mundo para alcanzar nuestra autonomía. Tan pronto como el ser humano ya no se siente nadando en la espiritualidad circundante, la actividad de su organismo pasa a primer plano. Sólo después de haber encontrado el suelo sólido de materialidad muerta bajo sus pies, podrá proceder a la respiración pulmonar psíquico-espiritual. Pero ahora también puede olvidar de manera mucho más implacable el espíritu del mundo, aunque permanezca en él, ya que, después de todo, es su elemento de vida. El despertar en su subjetividad aislada es al mismo tiempo un adormecimiento con respecto al mundo espiritual. Por eso el ser humano se enfrenta ahora a la tarea de extender la vigilia que alcanzó bajo la influencia de su subjetividad a los otros reinos de su naturaleza que han caído en el embotamiento. Necesita una experiencia de despertar, una mejora de su vigilia subjetiva a una super-vigilia. Sólo la volición pensante observadora plenamente despierta, que se ha despertado a sí misma, es capaz de ese doble ascenso hacia un acto: la represión de su organismo y el intercambio del ser con el espíritu. Por eso una de las advertencias de la religión cristiana es mantenerse despierto, estar alerta y no abandonarse a las influencias de la carne, actividad injustificada del organismo. A la vigilia, la tradición cristiana añade la oración. Esta es la superación de la desespiritualización que necesitamos en el camino de la autonomía, ese cruzamiento de manos y el intercambio de ser con el espíritu, ambos el mismo acto de voluntad de autodespertar que conduce en dos direcciones. La vigilia es la protección que necesita el espíritu en el alma humana, y la unificación con ella la integridad que recibe el protector. Sin esta vigilia, el ser humano moderno y el artista (que está más amenazado) no pueden hacer frente a las influencias de la seducción materialista que quiere extinguir la luminosidad del intercambio de Ser. El despertar al pensamiento puede ser una oración permanente que, si bien protege, recibe protección, pero no protege para recibir protección. En el naturalismo, el pensamiento materialista se ha apoderado del arte. Y es sólo uno de los muchos encaprichamientos que surgen de este oscurecimiento, si uno cree que el desarrollo del arte ha dejado atrás el naturalismo hace mucho tiempo. Más bien, continúa en una práctica de "arte" tal que parchea jirones perceptuales o irritaciones perceptivas en lugar de hacer creaciones formadas a partir de los poderes del despertar del espíritu y el intercambio del Ser. Observación psíquica, la vigilia es protección, conexión activa con el espíritu, la oración es intercambio del Ser.

Las vivencias del despertar, el estado excepcional super-despierto y la protección denotan el segundo tramo de lo que *La Filosofía de la Libertad* muestra al artista.

CAPÍTULO 6

Los prejuicios sobre la subjetividad y la objetividad del pensamiento / La irrepresentabilidad de los conceptos / El ejercicio de retrospección / La irrepresentabilidad de las percepciones / El ejercicio de transparencia / Velar y desvelar / Materia y forma / El camino hacia los dioses superiores e inferiores

Precisamente en este punto se reavivará la aversión al pensamiento, no solo de los artistas activos, sino de muchos lectores. El representante del punto de vista aquí señalado, debe ser consciente que cuanto más enfáticamente defiende su convicción, más se reforzará esta aversión. Entonces, ¿no deberá preguntarse si los pensamientos no serán en realidad más que esquemas fantasmales, que de hecho han demostrado su capacidad permanente para cavar la tumba de nuestra civilización, no permitiendo a la riqueza subterránea que surge del subconsciente infundirla vida?

¿La idea de la guerra ha matado alguna vez a un soldado y la idea del pan ha satisfecho alguna vez a un hombre hambriento?

Esta objeción puede llevar a un nuevo intento de dirigir la atención hacia donde no está dispuesto a dirigirse. Después de todo, se basa en la confusión entre una representación mental y un pensamiento vivo. Y la solución a este malentendido debe verse como un paso más en el camino aquí propuesto.

Rudolf Steiner, en su *Filosofía de la Libertad* como actividad espiritual, ha tenido mucho cuidado en aclarar esta distinción. Sus comentarios sobre esta cuestión son únicos dentro de la investigación realizada en la ciencia cognitiva o epistemología. Sin embargo, simplemente almacenarlos en la memoria no conducirá más allá de la mentalidad intelectual y abstracta. El cambio de conciencia, un genuino avance de la conciencia, sólo se logra si se aclara una y otra vez mediante la introspección mental de lo que es real, lo que hay que ver aquí, y a aquello que sólo pueden referirse las palabras. Por lo tanto, deben hacerse algunas observaciones para estimular la *voluntad de observar*. Son necesarios para indicar ciertos movimientos internos que deben realizarse en el lugar adecuado dentro de esta formación, por lo que se trata de los movimientos del pensamiento como tales, y no de los contenidos aprehendidos por ellos.

Uno de los muchos prejuicios sobre el pensamiento alega que es *subjetivo* en el sentido del modo de expresión desencadenado por el organismo corporal. En la reflexión sobre el origen “subjetivo” de los pensamientos, el origen del concepto “sujeto” ya tiene suficiencia para rebatir este sesgo. Porque los conceptos son estructuras derivadas del pensamiento, por lo que están determinados por este último y, por lo tanto, no pueden determinar a la inversa al primero. Pensar es supersubjetivo y superobjetivo.

Sin embargo, este prejuicio ya fue refutado mucho más sustancialmente a través de la observación del intercambio del Ser. En *el pensamiento experiencial* (no solo representativo) superamos nuestra subjetividad a través del intercambio con nuestra propia Seidad universal. Por lo tanto, nos las arreglamos para encontrarnos unos con otros (como lo demuestra la experiencia a pesar de todas las pruebas y tribulaciones del

pensamiento representativo) una y otra vez, tan pronto como logramos contemplar nuestro pensamiento común. No llegamos a estar de acuerdo unos con los otros simplemente porque nuestra organización corporal está construida de acuerdo con un patrón común a todas las personas. Porque es precisamente este elemento común de nuestra organización corporal el que, después de todo, activa la supresión del pensamiento, siendo responsable de la ruptura total de todo entendimiento entre personas. De hecho, podemos llegar a un entendimiento porque extraemos nuestro pensamiento de una entidad espiritual universal que es común a todos nosotros. Por esta razón, el pensamiento de muchos llega a ser una unidad. Los conceptos no sólo son generales respecto a los objetos (lo son, porque cada uno de ellos es capaz de asumir innumerables modos de aparición), sino porque también son generales respecto a los sujetos (lo son, porque forman una unidad universal, con la que cada ser humano puede identificarse individualmente, pero que es para todos igual). Los conceptos son un terreno común, objetiva y subjetivamente hablando.

Otro prejuicio que parece casi imposible de eliminar se aferra con la obstinación de una superstición, es la creencia que el pensamiento es abstracto, y que los conceptos son esquemas.

La teoría de la abstracción sostiene que los conceptos se originan en el acto de resumir atributos similares de las cosas perceptibles. Las modificaciones posteriores de esta teoría también tienen la misma base. Pues todas suponen que los conceptos representan simplemente algo perteneciente a una realidad diferente a ellos, pero no la capacidad de representar algo perteneciente a la realidad en su propio modo de ser (tampoco en la conciencia directa que el ser humano tiene de ellos en el proceso de formación de imágenes mentales). Sin embargo, *la teoría de la abstracción* puede refutarse fácilmente. Porque en el ámbito perceptible no sólo no hay similitudes, sino tampoco presenta ningún contexto, cualquiera que sea el tipo de este último³. La naturaleza del pensamiento es la coherencia. Por eso no puede extraer nada del mundo perceptible o meramente representar algo que se refiera a él. Si no poseyera una referencia a la realidad que emana de sí misma, sería una ilusión flotando libremente, de la que no podríamos recoger ninguna pista para nuestra vida de acción. Tampoco debería uno estar ciego ante la mezcla de atributos que prevalecen aquí. Porque todo lo que percibimos se basa en la inconmensurabilidad. Donde nada se puede diferenciar, tampoco se percibe nada. Dos cubos con lados de longitud similar no tienen lados iguales. Cada uno tiene sus propios lados que son diferentes del otro cubo. Nada que sea perceptible desde los lados es similar a los cubos. Nada de lo que pueda percibirse de ellos tiene una relación por sí mismo con otras cosas perceptibles. Por tanto, nada que sea perceptible de ellos es concebible. Sin embargo, si se mantiene algo inconcebible (es inconcebible, porque se representa como algo perceptible) y al mismo tiempo algo imperceptible (que es imperceptible, porque se representa como

³ En cuanto a la afirmación de que algo no idéntico podría ser "similar", debe decirse que, si tiene algún significado, equivale al rechazo de la teoría de la abstracción. Pues "similar" con respecto a dos estructuras solo puede ser el concepto, mientras que su no identidad es una disimilitud perceptible. Dos triángulos análogos cualesquiera no muestran ninguna medida de similitud perceptible. La similitud de algo no idéntico es, por tanto, de naturaleza conceptual y la prueba de que los conceptos no se pueden abstraer.

concebible) que es algo real, entonces uno se prohíbe en absoluto hacer cualquier declaración, que sólo puede contener algo perceptible y concebible, los únicos modos de llegar a saber algo. Sin embargo, uno sólo finge mantener algo, ya que si se sostiene que algo no sería ni perceptible ni concebible, entonces no se mantiene nada.

Volvamos a los cubos. Idéntico a ellos *es únicamente el concepto de longitud* (las representaciones de sus lados no son idénticas, más bien son diferentes). El concepto de longitud, sin embargo, no es similar a lo que sin nuestro propio esfuerzo se basa como algo perceptible en el color, la dureza, la calidez, el frío (como todo lo que se transmite a través de los sentidos) y de esa manera pueda ser asumido por nosotros. En cambio, el concepto de longitud debe agregarse a las percepciones de los lados (al igual que también el concepto de lados) por nuestros propios esfuerzos. Este concepto es el mismo para todos los lados, de hecho también es el mismo para lados de diferentes longitudes, al igual que el concepto de las diferentes longitudes de todos los lados es el mismo. Por tanto, el concepto de longitud es general. Es especializado o individualizado con respecto a las percepciones de ese lado al que está conectado de acuerdo con las condiciones perceptivas pertenecientes a este lado y solo a este último. De esta manera, surgen las diferentes representaciones de los diferentes lados. Son individualizaciones diferentes de un mismo concepto general. Como tales conceptos individualizados, pueden recordarse. Son entonces representaciones de memoria subjetivas de la materia real sin su contenido de realidad. En ese sentido, pueden designarse como esquemáticos, como abstractos, es decir, conceptos en forma de representaciones. Pero no se puede concluir de eso que todos los conceptos, ni siquiera todas las representaciones, sean abstractas. Pues los conceptos generales que en forma individualizada han desembocado en los complejos de percepciones no son en modo alguno abstractos, sino elementos constitutivos herederos de su estructura real.

Se reconoce también (y retener eso es de gran importancia) *que las representaciones no surgen de los preceptos sino de los conceptos*. Las representaciones de las longitudes de los lados son diferentes, idénticas a ellas es solo el hecho de que surgen de un mismo concepto. En este sentido se derivan, abstraen, deducen, pero del concepto no del precepto. Para una observación más precisa, las abstracciones, que con razón se pueden designar como tales, son resúmenes de similitudes de diferentes representaciones formadas con respecto a percepciones concretas. Similar a ellos es solo su surgimiento del mismo concepto. Sus disimilitudes remiten a un mismo concepto y desaparecen en él. En las representaciones confusas que son características de las imágenes mentales de la mayoría de las personas, solo se sienten sus indicaciones del mismo origen.

Aquí puede aplicarse la teoría de la abstracción que afirma la similitud, porque la similitud, es decir, el surgimiento del mismo concepto, existe aquí, mientras que allí no encuentra un punto de partida, porque no hay nada similar entre percepciones. Las abstracciones, que realmente pueden llamarse así, son, por lo tanto, derivadas de derivadas similares a representaciones de un concepto. También podrían designarse como abstracciones de abstracciones. El "concepto" abstracto árbol, en la forma en que está presente en la mente de muchas personas, no tiene ni agujas ni hojas. Mucha gente que dice ser bastante "práctica" vive en tales abstracciones de abstracciones, porque su orgullo, es perderse el pensar, pasando a través de él, durmiendo.

Por lo tanto, podría estar claro en la mente de uno que es incorrecto equiparar las abstracciones con los conceptos de los que se derivan. Se establecen a un caso determinado, dentro del ámbito perceptible de los elementos constitucionales, en la memoria que en el ámbito de esta fijación se afloja, se apaga. El concepto vivo, universal, posee por el contrario la movilidad que se manifiesta en muchas metamorfosis. Como en las formas en que la planta despliega su vida en la metamorfosis de su formación, así del concepto sus representaciones. Desde este punto de vista, los conceptos son plantas ideacionales, las representaciones por el contrario, son las formas secas de etapas particulares del desarrollo de la planta, tal como se conservan en un herbario.

Por lo tanto, lo particular y el todo no se relacionan entre sí de manera que el todo pueda derivarse de los detalles (como ensamblaje), sino de tal manera que los detalles aislados emerjan de su totalidad como abstracciones. La observación concreta demuestra lo contrario de la teoría de la abstracción.

Esta contemplación tuvo que demorarse un poco más con los prejuicios sobre la subjetividad y la abstracción del pensamiento de lo que muchos lectores pueden haber considerado apropiado. Pero estos prejuicios son, por un lado, tan persistentes que parece dudoso que el método para erradicarlos sea suficiente, como Hercules aplicó para vencer a la hidra de Lerna. (Hercules levanta la hidra del lodo en cual habita, n.tr.) Por otra parte, hay que señalar reiteradamente que no basta con saber que esos errores están refutados, sino que, cuando se requiere no sólo el conocimiento sino también el saber hacer, es necesario realizar los movimientos de pensamiento para refutarse uno mismo en estos errores.

De lo dicho se desprende que los conceptos no son representables. Se desprende además que son *las fuerzas formadoras* de nuestras representaciones. Estas fuerzas formativas son las mismas que dan forma a las cosas reales y a nuestra conciencia. Es por eso no podemos tenerlos a nuestro alcance a través de nuestras representaciones mentales. Que estas fuerzas estructurales están en todas partes se hace evidente, ya que en el reino de las percepciones no hay nada estructural, y que además, fuera de la percepción y del concepto no se nos ofrece nada en el proceso del conocer. Sería deseable saber en lo sucesivo que se ha aclarado la confusión entre concepto y representación, arraigada con tanta obstinación.

Ahora bien, si los conceptos vivientes generales no son representables, los que se pueden llamar también *arquetipos o universales*, ¿cómo tomamos conciencia de ellos?

Ciertamente esta conciencia no nos cae en nuestro regazo y más bien debemos obtenerla con algún esfuerzo. Para ello son adecuados varios ejercicios. Uno de estos ejercicios que recomienda Rudolf Steiner por su idoneidad para desarrollar la conciencia de los universales es el ejercicio de la retrospectión. Lo que este sugiere es repasar los recuerdos de los eventos del día a su finalizar. Una de las observaciones que podemos hacer con estos ejercicios es la siguiente: las representaciones, cuya secuencia invertimos, se encuentran en un determinado contexto objetivo. Para este contexto es indiferente en qué dirección recorreremos las representaciones que determina. Siempre es el mismo. A partir de esta introspección, se hace evidente de manera especialmente

satisfactoria que el contexto es algo diferente de las representaciones individuales, y que tiene una naturaleza diferente a estas últimas. Cuando se realiza el ejercicio de revisión, no sólo se sabe esto, sino que se lo observa, volviéndose claramente consciente en los sentimientos del comportamiento diferente de lo observado (las representaciones individuales y su contexto irrepresentable). Uno no solo representa la diferencia, sino que la encuentra. En el transcurso normal del día nos atraen las impresiones que recibimos como un carro enganchado a los caballos. El vagón también se mueve cuando dormimos. De manera similar, los eventos del día también se mueven, incluso cuando dormimos en su contexto, como suele ser el caso. No nos damos cuenta de que el contexto de los hechos no aparece en nuestra conciencia de la misma manera que el que los percibimos y representamos. Si, por el contrario, cambiamos el curso del día al final del ejercicio de revisión, entonces nos damos cuenta de que debemos crear el contexto de las imágenes recordadas por nosotros mismos. En la memoria hacia delante, la dinámica exterior del día sigue teniendo efecto. Recordar hacia atrás requiere un esfuerzo mucho mayor. Y es esto lo que nos hace conscientes del contexto y su cualidad característica. Se requiere un mayor esfuerzo para recordar los eventos de los días en su dirección inversa. Nosotros mismos modelamos el contexto regulador, sin embargo, también es objetivamente activo en las representaciones, y ambas, reguladora y regulada, se contrastan claramente en su modo diferente de ser. Experimentamos la movilidad del día universal, pero también su coalescencia en los elementos representacional-perceptibles del día. El concepto viviente del curso del día pertenece a las cosas del día, sin embargo, está conectado a ellas para nuestro conocimiento sólo a través de nuestra propia actividad. También está conectado con ellos durante el día que transcurre normalmente, hacia adelante, sin embargo, en la mayoría de los casos, es perdido, el concepto está dormido durante este tiempo. En la revisión, sin embargo, nos damos cuenta. Por lo tanto, es muy adecuado para llevar nuestra conciencia al sueño.

Que el transcurso del día es un despertador de la clarividencia espiritual, es un secreto público, ciertamente sin darse cuenta de ello, lo ha intuido el joven Tolstoi cuando escribió *“Una historia del ayer”*. Comienza y termina esta historia de la misma manera digna de mención: *“Estoy escribiendo una historia de ayer, no porque ayer fuera extraordinario de alguna manera, porque podría más bien llamarse ordinario, sino porque durante mucho tiempo he deseado rastrear el lado íntimo de la vida a lo largo de todo un día”*. Termina con las siguientes frases: *“Durante la noche te despiertas varias veces (casi siempre), pero solo se despiertan los dos grados inferiores de conciencia, el cuerpo y el sentimiento. Después de esto, el sentimiento y el cuerpo vuelven a dormirse, y las impresiones que se recibieron en el momento de este despertar se unen a la impresión general del sueño sin ningún orden ni consistencia. Si la tercera conciencia superior de comprensión también se despertara y luego se durmiera nuevamente, el sueño se dividiría en dos partes”*.⁴ Ambas notas están conectadas simplemente por el hecho de que la narrativa de Tolstoi se extiende a las experiencias de vigilia y del sueño. El joven de veintitrés años ya domina soberanamente su genial talento de presentación, esa mezcla de ironía e ingenuidad interior que marca al verdadero narrador, que se gana inmediatamente nuestra confianza. ¿Para qué sirve contar historias? Nada más que para

⁴ Estas líneas pueden ser leídas en WikiSource

la formación artística en general, es decir, realizar el desapego de los conceptos generales, lo arquetípico del caso particular en el que está envuelto, y la reivindicación expresiva de la suprarrealidad artística realizada desde su poder formativo redimido. Aquí también es cierto que el caso particular es el general. El artista es un liberador de la forma, porque se libera de su organismo (por lo tanto es superior, pero no arrogante), es el vencedor del afecto arquetípico, porque él, mientras cambia su ser, se sumerge en la universalidad de la que toda forma es derivada (por lo tanto, es humilde y sincero, pero no servil). Con instintiva genialidad, Tolstoi intuye que el curso del día es la escuela de toda la vida, a cuya enseñanza debemos la solución de los universales partiendo de su cojera ligada a los sentidos y la experiencia de ser formados por ellos, formándonos. La movilidad así obtenida se extiende, sin embargo, más allá del umbral del sueño y del dormir.

El concepto vivo del curso del día es irrepresentablemente la base de las representaciones que continuamente formamos a partir de sus contenidos. El simple hecho de saber esto no sirve de nada. Sin embargo, se puede presenciar y observar en la práctica la vida conceptual del transcurso del día. Se la puede dominar, para experimentar una vez más en retrospectiva el crecimiento de la planta del día que se marchita en el transcurso del día hasta que comienza su matutina formación para dar su flor recién desplegada al sueño.

La última introspección realizada mira a través de las representaciones mentales, su secuencia y círculos típicamente determinados en cada caso, como a través de un velo para tomar conciencia de los conceptos vivientes. Estos aparecen como tipos primordiales móviles que determinan el estilo de un círculo estructural [Gestaltkreis]. La mera conciencia representacional vela a través de un doble prejuicio, como se ha demostrado, la naturaleza universal viviente de los conceptos. El prejuicio sobre la subjetividad de los conceptos pierde de vista, detrás del encubrimiento de la representación, su *generalidad subjetiva*, el prejuicio sobre su abstracción, pierde su *generalidad objetiva*.

Sin embargo, los conceptos vivos no son los únicos irrepresentables de lo que la introspección puede llegar a ser consciente. Otra irrepresentabilidad no puede olvidarse aquí, igualmente irrepresentable son las percepciones. Son irrepresentables, porque las representaciones solo se producen cuando los conceptos y las percepciones están conectados entre sí.

Una vez más se nos plantea la cuestión, ¿cómo podemos obtener una conciencia observadora de las percepciones puras, aunque estas sean irrepresentables. Si uno quiere iluminarse sobre esto, tiene que aclararse de qué nos damos cuenta cuando nuestra conceptualización, siempre lista para usar, no puede intervenir en su propia actividad relámpago. En tales casos de retraso, puede ocurrir que el concepto puro, es decir, aún no conectado a la representación, se anuncie, aunque en un indicio que desaparece rápidamente. Esto sucede con experiencias en momentos de shock o de fiebre alta, también al despertar repentinamente del sueño. Sin embargo, estas experiencias son excepciones que no podemos crear a voluntad. Sin embargo, existen otros medios que, aunque sin una capacidad de impresión tan poderosa, cumplen el

mismo propósito. A estos últimos pertenecen las imágenes de los rompecabezas, cuyo engaño burlón puede conducir en las direcciones que estamos buscando. "¿Dónde está el conejo?" Podría ser que lo capturemos debajo de una imagen tan irónica que muestra a un cazador sentado en el tronco de un árbol con una escopeta sobre la rodilla. El conejo escondido a través de engañosos trazos se burla del cazador con gestos burlones. Sin embargo, ¿quién se burla y qué se ironiza? Ironizada es la sensorialidad patética. Porque el mundo de los sentidos no es la verdad y se burlan de aquellos cuyo pensamiento es demasiado lento para adaptarse a la movilidad de los conceptos. Las imágenes enigmáticas surgen, como todo lo que conocemos como acertijos, bromas, folclore y también como sabiduría popular, de fuentes que fluyen secretamente y que con un cariño inadvertido dirigen lo saludable hacia la conciencia cotidiana sesgada como remedio para su esclerosis materialista. Hoy se tiene que tener cuidado de bloquear esta salubridad a través de todo tipo de cosas horribles y difamatorias. Cualquiera que practique la introspección podría desarrollar a partir de tal variedad de síntomas toda una historia cultural.

Volvamos a nuestro ejemplo. Uno dice, por ejemplo, que la tarea es "vigilar" al conejo, indicado por la pregunta sobre su paradero en la imagen del rompecabezas. Sin embargo la llave, por el contrario, consta en pensar correctamente la figura del conejo dentro de la imagen comprendida de manera integral. Hay que *encontrar las percepciones* que se apoderan del *concepto general conejo*, e individualizarlo hacia la representación definida del conejo que se busca. Cuando se considera lo que sucede en esta búsqueda y hallazgo, se pueden hacer dos observaciones muy interesantes. Por un lado, la luz parpadeante de la representación que se forma en la individualización del concepto, y por otro lado, la oscuridad de la percepción pura, todavía no representada, no formada. La percepción y la representación se contrastan como la oscuridad y la luz. La percepción se hace visible detrás de la transparencia del concepto como la oscuridad que se transpone y es iluminada por la representación destellante. Habiendo observado qué valiosas ayudas cognitivas y de desarrollo pueden ser tales imágenes de los rompecabezas, y a pesar de su aparente insignificancia, uno aprenderá a pensar de manera diferente sobre las medidas de apoyo presentadas, dedicándoles un esfuerzo mucho mayor. Tales insignificancias nutren más que muchas otras, como el pan integral en el desayuno, nuestra naturaleza psíquico-espiritual. Porque pueden transmitir la percepción que todo nuestro mundo circundante muestra para comenzar la forma de una imagen de rompecabezas, aunque con la diferencia de que este no preestablece el concepto para nosotros, dejándonos así no solo sin la representación, sino también buscar lo último en sí mismo. La tarea aquí es mayor, pero es mayor la ganancia de su solución.

No debemos dejarnos engañar por esto cuando se nos plantea la pregunta de si en el futuro deberíamos pedir que nos sirvan imágenes de rompecabezas para el desayuno, mejor que el pan integral. Dudamos que las imágenes de rompecabezas se puedan resolver con pan integral. Sin embargo, no tenemos ninguna duda que resolver imágenes del rompecabezas pueda ser útil para aquellos que quieran hacer pan integral. Porque esta es una pregunta de cualidad y las preguntas de cualidad son preguntas de concepto. Porque, lo cualitativo no es un resultado de la composición de las partes, sino de la actividad de la procesualidad holística. Que esto en general existe y cómo

interviene en la materialidad perceptible, solo puede ser decidido por la conciencia conceptual correcta. Sin embargo, esto en ninguna parte se puede encontrar como un hecho, sino que debe adquirirse con la práctica.

Dado que esto es así, debemos seguir de cerca el hilo del pensamiento y el camino de la observación hasta el final. Vemos de inmediato que no es suficiente con respecto a las imágenes enigmáticas de la vida con tomar conciencia de ambas irrepresentabilidades, la percepción pura y el concepto puro. En cambio, el paso decisivo aquí es traer inicialmente el concepto en una conexión exitosa con la percepción. De este modo, dependemos de nuestra fantasía o imaginación conceptual, pero también de la diligencia consciente en la formación de los juicios. (Con la formación de juicios se entiende aquí la conexión del concepto a la percepción, por lo tanto la formación de juicios perceptivos, en contraste con la conexión de conceptos mediante los cuales se generan los juicios conceptuales). La imaginación conceptual puede no ser representativa, porque la representación debe, para ser proporcional a la realidad, no ser formada por nosotros sino por la percepción. Por tanto, los juicios basados en la realidad no son procesos subjetivos sino objetivos.⁵ A través de la formación prematura de juicios se generan prejuicios. Los juicios basados en la realidad *solo pueden producirse cuando se ofrecen al percepto conceptos móviles libres de representaciones y plenamente conservados* y, con la aceptación de esta oferta, se enmarcan objetivamente (por lo tanto, no el sujeto pensante) como una representación. Es un buen ejercicio para probar de manera autocrítica en el marco de la revisión vespertina cuántos juicios basados en la realidad y cuántos prejuicios se ha formado en el transcurso del día.

De gran importancia dentro del contexto en discusión es la siguiente observación. Encontrar el concepto apropiado no solo depende de la parte conceptual sino también de lo perceptible del juicio. Porque cuando faltan conceptos tampoco se percibe algo realmente y solo a través de los conceptos se puede observar el percepto. Los conceptos deben comenzar con los velos, a través de cuya transparencia se puede observar la percepción en su pureza noconceptual. Sólo después de estos velos, gradualmente adheridos a la percepción, traspasados por ella e incluidos en su reino como individualizaciones formadoras de objetos (inherencias), las percepciones se desvelan e iluminan en su naturaleza intrínseca a través del elemento conceptual absorbido.

Esto ya se señaló en otro lugar de esta publicación. En este contexto actual, sin embargo, es necesario centrarse todavía en los siguientes procesos y las observaciones correspondientes. Lo que se debe considerar aquí es de gran importancia para la vida general del conocimiento, así como para la creación y la experiencia artística. Se refiere a los procesos ya mencionados de velar y desvelar, cubrir y descubrir. Se produce la formación de juicios y la creación de conocimiento, la formación de objetos se genera en un ritmo de cierre y revelación. Los conceptos puros abarcan para empezar con las percepciones puras que al mismo tiempo se contemplan, observan a través de ellas. Las percepciones se desvelan en el proceso de conexión de los conceptos individualizadores. Las representaciones aquí originadas cubren a su vez los conceptos puros, cuya

⁵ Véase H. Witzgenmann, "Ein Weg zur Wirklichkeit" ("Un camino hacia la realidad") en Intuición y Observación, Parte II, 1978 (No traducido).

movilidad recién experimentada a través de su capacidad para formar representaciones, se abre en estos últimos. Los conceptos son contemplados a través de la formación de representaciones, explorados en su aptitud para mezclarse con la percepción, conectados según esta aptitud con otros conceptos y en la configuración ideacional más rica así creada, en su complejidad nuevamente aplicada a la percepción. Esto se observa a través de la envoltura conceptual modificada que se forma en nuevas características puras perceptibles, después de lo cual ocurre de nuevo el proceso descrito anteriormente. Después del retorno del proceso observacional y cognitivo a la formación conceptual, sigue su renovada atención a la percepción. Por tanto, se subraya que los conceptos generales irrepresentables (que no son subjetivos sino subjetivamente generales) se contemplan a través del velo representacional, mientras que a través del velo conceptual se contemplan las percepciones puras (en comparación con las cuales los conceptos no son abstractos, sino objetivamente generales, aún fuerzas formativas individualizables) y que la formación de objetos, es un proceso que procede en el cambio rítmico de cierre y revelación.

Así como la capacidad de observar conceptos se puede aprender a través del ejercicio de la retrospectión, también la capacidad para observar percepciones puras se entrena a través de los ejercicios de transparencia, es decir, a través de ejercicios que se pueden realizar con respecto a objetos aleatorios, mediante los cuales podemos tomar conciencia de qué elemento de cierta forma es percepción y que es concepto, y cómo nos volvemos conscientes de los particulares perceptibles en cuestión sólo a través de la transparencia de los conceptos aplicados progresivamente, por lo que lo perceptible no revelado sólo se revela y cumple en la medida en que absorbe el velo conceptual.

Los dos elementos que subyacen a la realidad se pueden caracterizar resumidamente de la siguiente manera:

1. Los *conceptos arquetípicos puros* son las generalidades que preceden a las particularidades y no se originan de antemano por abstracción de estas últimas. Son los cascos o envolturas holísticas que deslizamos sobre las percepciones, a través de cuyo desprendimiento los particulares comienzan a salir gradualmente de la indeterminación. Cuando enfocamos nuestra atención en un árbol, obtenemos la base perceptible de la formación de objeto que se busca en el juicio a través de una aplicación gradualmente progresiva de conceptos. De este modo, no sólo las percepciones se contemplan y configuran progresivamente, sino que los conceptos se individualizan progresivamente y se enriquecen de forma ideacional por cada uno de los precedentes, atrayendo continuamente otros nuevos, en sí mismo y al mismo tiempo en el ámbito perceptible. El proceso puede indicarse a grandes rasgos mediante los siguientes pasos conceptuales: él, algo, cosa, objeto, árbol, conífera, abeto, ese abeto determinado que se caracteriza por numerosos detalles y numerosas relaciones con su entorno. La forma del abeto surge gradualmente a través del apego de estos conceptos y su individualización en el ritmo de cierre y revelación. De este modo se desarrolla una construcción de dos formas: las percepciones individuales, sin forma, se moldean a través de la fuerza formativa arquetípica de los conceptos generales en un todo objetivo. Al mismo tiempo, sin embargo, los conceptos también se forman, se individualizan. Los conceptos generales se forman y se forman: forman formabilidad.

2. Las percepciones puras, desprovistas de conceptos y representaciones, se individualizan con los conceptos que las conectan, pero ellas mismas son universalizadas por estos últimos, ya que los últimos las dirigen fuera de su aislamiento, conectados cada vez de manera más múltiple a otras percepciones y sólo así sacar de la indeterminación hacia una apariencia formada. Las percepciones representan lo que es incomparable e irrepresentablemente distinto y único acerca de las cosas y los seres. Estas peculiaridades extienden su influencia en dos direcciones hacia lo imprevisible. Pues cada peculiaridad perceptible designa en sus relaciones, que se extienden a lo imprevisible y se producen dentro de una cosa o ser, esa parte o miembro de la cosa o ser en cuestión. Parte de esta naturaleza imprevisible interior es también exterior. Pues toda peculiaridad interior de una cosa o ser se caracteriza por sus relaciones con las peculiaridades de otras cosas o seres extendiéndose hacia lo imprevisible. Una margarita se caracteriza en su estrecho ámbito de ser por numerosas peculiaridades internas, que la distinguen de una rosa o un cardo. Sin embargo, se caracteriza también por numerosas relaciones que se extienden más allá de su propio ámbito de ser y que tampoco pueden ser reemplazadas por las relaciones de la rosa o el cardo. Por tanto, toda peculiaridad se universaliza interior y exteriormente a través de la naturaleza imprevisible de sus relaciones. Así como los conceptos en la formación de objetos se enriquecen con otros conceptos que recogen y absorben, así también las peculiaridades se enriquecen con otras peculiaridades a las que se accede en ellos o se elaboran en ellos. Por lo tanto, se pueden distinguir dos universalidades de la morfogénesis, una interna que puede llamarse *formación del ser* y una externa llamada *formación de cualidades*. Las cualidades solo son reconocibles a través de las relaciones con otras cualidades, la eseidad es, por el contrario, un reino de peculiaridad que ha asumido una existencia independiente.

La *conformabilidad formadora* y la *universalidad individualizadora* están correlacionadas. Los seres se originan a partir de percepciones a través de la formabilidad o individualización de conceptos, las percepciones evolucionan hacia cualidades a través de la vitalidad formativa de conceptos. Las percepciones dan a los conceptos la huella objetiva de la representación, la seidad entretejida del mundo espiritual que, en su universalidad, rebasa todos los límites de la representación, se vuelve viva.

También se pueden caracterizar estas diferencias y relaciones con los conceptos "forma" y "materia". La formabilidad de los conceptos da forma a las cosas y a los seres. La universalidad individualizante de la percepción es materia que adquiere su impronta a través de la forma y al mismo tiempo la forma.

La formabilidad formadora se ve oscurecida de la introspección por el doble prejuicio de la subjetividad y abstracción de los conceptos. Otro prejuicio igualmente doble oscurece lo individualizante universalizable. Porque lo perceptible está bajo la influencia de los hábitos de pensamiento científicos naturales actuales, por un lado, no representados como algo objetivo, sino sólo como modificación de nuestros propios estados, como afijos de nuestro organismo a través de estímulos externos representados como permaneciendo imperceptibles. La objetividad subyacente a esto, por otro lado, se

representa como un reino causal de uniformidad. Es cierto que la noción de este reino ha cambiado en el curso de la evolución que han experimentado los hábitos de pensamiento científico natural. Hoy, esta uniformidad se representa como campo electromagnético. Todo lo real, toda la realidad es parte de este campo electromagnético. Que este es un paradigma de prejuicio debería ser fácilmente evidente. Porque lo puramente perceptible no puede ser caracterizado ni conceptual ni representativo, no es, por tanto, ni una fijación subjetiva ni una uniformidad objetiva. *Lo puramente perceptible debe, para todo juicio, ser contemplado inicialmente en su completa indeterminación*, al tiempo que revela al intento cognitivo original su insostenible peculiaridad. Las siguientes observaciones en la siguiente sección sobre la formación de la realidad arrojarán más luz sobre este tema.

La tarea de esta sección fue, a través de resumir una secuencia de elaboradas observaciones, describir un tercer paso del camino experiencial que puede seguir el artista moderno guiado por *La filosofía de la libertad*. Estas observaciones se referían a mirar a través, pegar y levantar los velos que son importantes en el proceso de formación de objetos. Con la mirada a través del velo dibujado por las representaciones uno se da cuenta de la forma, con la mirada a través del velo dibujado por los conceptos uno se vuelve consciente de la materia. Durante el transcurso de la formación de objetos se levanta el velo dibujado por los conceptos, se forman representaciones que después de su desprendimiento de las percepciones velan los conceptos, luego se resuelven en estos últimos y a partir de ellos se forman nuevamente a través de sus conexiones con las percepciones.

Esta interacción de dibujo y levantamiento de velos pertenece a las experiencias más importantes que puede tener un artista, y en la forma de su implicación en ella presenta la prueba más válida de su saber hacer. Porque, por un lado, la penetración de la materia a través de la forma, pero también el desenganche de las fuerzas formativas de la materia al tomar conciencia de su campo inexplorado para el diseño y, por otro lado, la penetración de la forma con las peculiaridades de la materia. También la separación de la materia de la forma en lo insondable de su peculiaridad son experiencias arquetípicas del artista. Ver la materia y la forma en el dibujo, levantar y mirar a través de los velos son parte de las demandas más desafiantes que se le plantean a su destreza.

En los misterios de la antigüedad, esta doble vista llamativa se llamaba el camino hacia los Dioses Superiores e Inferiores. También hoy, todo verdadero artista debe recorrer este camino hacia lo doble divino-espiritual. Los arquetipos son parte de un reino divino-espiritual superior por encima del mundo de los sentidos. En los conceptos innatos, en las inherencias, se vislumbra la actividad de lo divino-espiritual en el mundo de los sentidos, por lo tanto, de una divinidad inferior que se ha conectado con el mundo de los sentidos. Lo divino superior se contempla a través del velo de las representaciones que surgen del mundo de los sentidos, lo divino inferior a través del velo de los conceptos que surgen del mundo de los arquetipos. Cada región de lo divino está velada y descubierta a su manera. Las experiencias de forma y materia que atraviesa el artista son experiencias de velar y desvelar que realiza con lo divino superior e inferior.

Se tuvo que dedicar una contribución algo más elaborada a esta sección del camino de la formación propuesta, debido al prejuicio bastante obstinado que obstaculiza ese modo de introspección que requiere la meditación sobre los procesos de la forma y la materia.

Capítulo 7

La representación como ayudante y maestro/ La forma humana como forma cósmica/ La meditación cosmogénica como escuela superior de la forma/ La bella apariencia como realidad superior/ La metamorfosis de lo particular y el todo en el otro

Los resultados de la introspección descritos anteriormente comprenden otra experiencia que es especialmente importante para el artista.

Como seres plenamente conscientes, practicando la introspección, no somos - esto se desarrolló - parte de un mundo acabado. Nos experimentamos a nosotros mismos en un mundo que sólo nace a través de nuestra participación en su formación espiritual. El ser humano ingenuo cree que las cosas y los procesos se entregan "gratuitamente" de puerta en puerta (por ejemplo, sin exigir su propio esfuerzo), que no requieren ninguna terminación a través de su participación por su creación. Esta creencia, o más bien superstición, presupone que todo lo que se nos presenta es completamente perceptible, que lo perceptual es algo completo, por tanto que toda la realidad es perceptible. Lo perceptivo se nos acerca, efectivamente, sin que nosotros lo hagamos. La opinión de que, por tanto, la realidad nos viene dada, debe sin embargo, tras una cierta reflexión, conducir a la suposición contraria, a saber, que nuestros órganos sensoriales no nos transmiten la realidad, que por tanto no podemos saber nada de las "cosas-en-sí". La consecuencia del realismo ingenuo es el ilusionismo: sólo sabemos algo sobre la modificación de nuestros propios estados por causas imperceptibles ("cosa-en-sí"). En efecto, sólo podemos estar informados de una realidad ya hecha que está presente sin nuestra participación a través de sus efectos en nuestro organismo. Estos efectos, sin embargo, sólo somos nosotros mismos en nuestras afecciones, no son las cosas. Según esta noción, no somos más que cautivos sesgados en la jaula de nuestro organismo, incapaces de salir de ella hacia la realidad. En las paredes de esta prisión aparece una especie de fantasma televisivo que nos embauca haciéndonos creer que es la realidad, aunque no tenga ninguna relación reproductiva con su origen. Es más bien la redacción sutil según un código múltiple, del que sí conocemos todas las transmisiones precedentes que se extinguen (órgano de los sentidos - nervio - órgano central - psique), pero no la clave del texto original. De este último, la secuencia escalonada de este picador no nos deja pasar ninguna fracción no distorsionada.

La introspección desprejuiciada muestra algo totalmente diferente. Nos hace reconocer que la realidad es una red omnívora que tejemos continuamente, sobre la que, sin embargo, tejemos al mismo tiempo una segunda red que, como un velo, nos oculta la red de la realidad. Estos velos son nuestras representaciones. Nos ocultan, como hemos visto, los conceptos, nos ocultan, sin embargo, también las cosas, cuando las insertamos como prejuicios entre nosotros y la realidad. Sin embargo, no estamos desterrados de la realidad misma a este mundo espeluznante, sino que nos hechizamos sólo a nosotros mismos con su espectro y nos condenamos a un exilio en el que, al carecer de la realidad nutricia, tendríamos que morir de hambre psíquicamente. Porque la formación de las representaciones no está destinada a engañarnos y agotarnos. Por el contrario, es, si se entiende y utiliza correctamente, el ayudante y el maestro versátil que nos guía hacia el

sentido y el mundo espiritual, así como hacia la autoformación y el autoconocimiento. Porque los hilos de la red de la realidad son los conceptos. Los conceptos vivos, sin embargo, no son las ilusiones de nuestro organismo, sino que forman la banda espiritual entre nosotros y las cosas. Pero tampoco son leyes que se nos imponen desde arriba y a las que debemos someternos. Son más bien el producto de una devoción desenfrenada, cuya medida no puede ser superada. Son la manifestación del amor cósmico cuyo objetivo más elevado es la libertad humana. Porque para nosotros y en nosotros los conceptos son los más puros y válidos productores de nosotros mismos, estamos unidos a ellos por el intercambio de ser, su organismo espiritual es nuestro propio ser universal, que se dedica a nuestro ser individual en la muerte y la resurrección. Nuestra naturaleza universal es la cohesión existencial total. Imprimimos nuestra existencia individual a través de la introspección, la cognición y la acción en esta existencia total. La verdadera naturaleza de nuestra existencia individual es, pues, una parte de nuestra existencia total. Dado que esta existencia total impregna todo el cosmos, la introspección reconoce nuestra existencia individual como un ser por encima de nosotros, como un ser incorporado al tejido cósmico del ser. La representación puede enseñarnos que, quien soporta las pruebas y tribulaciones del mundo perceptible, es admitido como los héroes de la antigüedad en el mundo celestial.

Si uno se da cuenta de esto, entonces obtiene un nuevo aspecto respecto a la forma. La existencia total humana es la forma cósmica: la forma humana es la forma cómica. La forma humana total es la figura espiritual de todas las fuerzas formativas. Es la forma de todas las formas. Para el artista, esta perspectiva de la humanidad es la experiencia primordial de la forma. Esta experiencia primigenia es la catarsis que vive como compañero del drama primigenio. El drama primigenio es la emergencia continua de la realidad como conquista de la apariencia. Para el observador del alma se experimenta en el estado de ánimo piadoso del intercambio del ser y la responsabilidad despierta como espiritualización tras los velos de la representación. En el intercambio del ser con los universales, las representaciones se reconocen como sus formas de apariencia que surgen de ellos y se resuelven en ellos. En la espiritualización de los perceptos de los sentidos, las representaciones prejuiciosas se transforman en poderes formativos que forman la sensorialidad contemplada y es formada por esta última.

Observemos una rama en flor. Las representaciones que pronto nos formamos de ella sobre la base de nuestros hábitos de pensamiento, incluso antes de que estemos de acuerdo con la realidad legitimados para hacerlo, ocultan la realidad de la encantadora creación, nos excluyen en una mazmorra ilusoria de participar en que se haga realidad. Preguntemos, pues, con la debida diligencia de un observador, ¿qué percibimos de la rama, qué tomamos por tanto pasivamente de ella y qué le añadimos mediante nuestra propia actividad pensante? ¿Qué es lo que percibimos de ella, qué es el concepto, qué es la representación? Ninguno de estos tres elementos es la rama real. Pues la rama real no puede ser captada en nada objetivo que en algún sentido sea estático, es un acontecimiento que nosotros junto con el mundo estamos tejiendo, una parte del mundo en la que nos tejemos a nosotros mismos, el mundo en una de sus partes, nuestra existencia total en su individualización dentro de una de las partes del mundo. También se puede expresar de otra manera, al participar en el tejido del mundo tejemos

nuestra humanidad individual en nuestra humanidad universal, nuestra humanidad universal teje la individual.

El surgimiento de la forma cósmica a partir de la forma humana y el surgimiento de la propia forma individual en la forma humana universal es la experiencia primordial de la forma en el sentido que resulta para el artista en el camino de La Filosofía de la Libertad. Esto no debe entenderse en el sentido del naturalismo. Lo que ya se ha formado no necesita ser repetido por el artista: esa no puede ser su tarea, sobre todo porque no puede superar ni acercarse al artista cósmico. Sin embargo, la permanente implicación cognitiva en el proceso formativo cósmico-natural imparte al artista las fuentes inagotables de las que surgen las criaturas de la naturaleza. Esta experiencia en su riqueza creativa sólo se revela mediante la introspección del proceso cognitivo. Es la continua fructificación y rejuvenecimiento de los poderes creativos del artista, porque es la contemplación de cómo en cada ser se disparan los poderes creativos del mundo, cómo estos poderes creativos son la fuente para los propios poderes creativos del artista, cómo en su poder creativo fluyen los poderes creativos cósmicos en una revelación rejuvenecida y rejuvenecedora. Ningún artista verdaderamente moderno puede prescindir de esta experiencia meditativa, nadie que la busque de verdad se verá privado de su apoyo vivificante. La introspección del proceso cognitivo es la alta escuela de la forma.

Los poderes formativos que se revelan en esta experiencia son los arquetipos, los universales que se unen en la forma humana arquetípica hacia la forma de todas las formas, la fuente de todos los poderes formativos. El artista puede liberar de ellos y, por tanto, de su propio ser primigenio, la riqueza de nuevas individualizaciones, ya que los universales son capaces de una individualización ilimitada. Estas individualizaciones son individualizaciones ennoblecedoras-disenchadoras de los seres del mundo de los sentidos, son improntas individualizadoras en su ser universal, son regalos individualizados de su universal a su ser individual. Preparado creativamente por esta múltiple experiencia de individualización, el artista también puede otorgar la nobleza de la humanidad individualmente formada a aquellos niveles de forma del ser que sólo son parte de la forma humana a través de su inserción natural innata en la realidad - a saber, la forma de su propia individualidad única y al mismo tiempo universalmente dotada. Puede darles la hermosa apariencia de humanidad elevando su propia humanidad en su arte a la espiritualidad a la que está llamado.

Esta semblanza no es una arbitrariedad engañosa, sino una necesidad libre, es una realidad superior para la que la sensorialidad no espiritualizada y no humanizada se desvanece en una semblanza engañosa. Como realizador de esta bella apariencia, el verdadero artista sabe que al realizar su obra, al mismo tiempo está siendo realizado por ella. Por eso Goethe podía decir de sus poemas: "Yo no los hice, ellos me hicieron a mí".

Pero de qué medios dispone cuando se compone para envolver los objetos de su creación en la bella apariencia de la humanidad, para que ésta los irradie. Sólo lo consigue cuando mueve la individualidad y la universalidad en la dinámica de su arte formativo, así como en su trabajo formativo, de tal manera que es el caso de las

experiencias primarias del intercambio de ser con el espíritu y de la estructuralización pensante-observadora de los seres perceptibles.

Ambas experiencias son, al fin y al cabo, las experiencias artísticas primigenias de la forma y la materia. Su obra debe ser, por tanto, un todo cerrado en sí mismo, en el que no puede aparecer ningún detalle que no esté motivado desde el todo, en el que este todo no se impone sin embargo por algo externo a sus partes, sino que a su vez está motivado por los detalles. Éstos no armonizan en una verdadera obra de arte porque estén apretujados en un esquema externo, sino porque el todo predispuesto en ella le da la forma fenoménica desde el interior, la plenitud armónica que está activa en cada uno de los detalles y la presiona hacia el desenvolvimiento.

Con respecto a un poema lírico (para dar al menos una indicación de tipo), se puede designar su totalidad como su estado de ánimo. Este estado de ánimo extendido por todo el poema debe corresponder a cada detalle, pero también debe surgir de cada detalle, debe ser una pluralidad que brilla dentro y fuera, todos los atributos observables deben revelar su contenido artístico de esta doble manera: la armonía de los sonidos del discurso, la música de las vocales, la escultura de las consonantes, el equilibrio o también el desequilibrio intencionado de su sonido, la colocación de la cesura, el flujo rítmico, el acelerando y el ritardando, la relación entre las imágenes, las representaciones y los conceptos, la flexibilidad y la flexión intencionada de la frase compleja, el principio, el final y el medio entre ambos y (mucho más) lo que no se dijo y no se puede decir que sólo puede liberarse indirectamente de lo dicho, el silencio envolvente en el que la palabra sólo entonces empieza a sonar. Sin embargo, la expresión real, pero no en términos de representación, que consolida todo esto es la disposición móvil interior del artista en sus múltiples y a la vez holísticamente templadas transformaciones, que se imparte al disfrutador del arte como el estimulante cambio de su propia movilidad interior (muy aparte del tipo de contenido que la origina). Todo esto debe ser un juego libre entre el centro y la periferia, el surgimiento de la obra de arte desde un punto de particularidad, que representa su individualidad, y la condensación de su plenitud expansiva en su punto, que representa su universalidad. La individualidad debe experimentarse hacia la periferia como una expansividad en cada parte del todo, al igual que la condensación de la universalidad en el anudamiento de la particularidad. Por eso las siguientes expresiones de Goethe son verdaderas en el mismo sentido y se complementan en el sentido aquí indicado: "Busco en todo un punto a partir del cual puedan desarrollarse muchas cosas" (ese punto central también llamado por él "apercu"). Pero también: "Todo lo que inventamos, descubrimos y llamamos en un sentido más elevado, es la práctica más significativa, la actividad de un sentimiento original de la verdad, que en el silencio desarrollado hace mucho tiempo, conduce en un instante a una visión fructífera. Es una revelación desarrollada en el interior desde el exterior que da al ser humano un presentimiento de su divinidad. Es una síntesis del mundo y del espíritu que presenta la más bendita seguridad de la armonía eterna de la existencia."

Una verdadera obra de arte es una penetración del mundo y del hombre en un acto de creación, no puede ser producida según una regla abstracta, en general no es fabricable. Porque sus elementos y poderes básicos, la particularidad y la totalidad, la materialidad y la formatividad, la individualidad y la universalidad no son representables, sino que sólo pueden experimentarse meditativamente. La meditación

del proceso de la realidad, del acontecimiento dramático de la realidad hace que se desarrollen en el artista las disposiciones interiores que en el momento de la creación forman su obra, y él a través de ésta. No puede proceder según una regla, sino sólo preparar y alimentar a través de la experiencia íntima de las fuerzas formadoras de la realidad sus propios poderes creativos que luego, cuando se pone a trabajar, están directamente a su disposición. Las desarrolla aún más en la práctica de estas habilidades, observando en un estado de conciencia despierta si son fieles al ideal artístico o se desvían de él, lo que es tan propio de su obra como de su naturaleza.

La experiencia de realidad descrita representa una cuarta etapa en el curso de La Filosofía de la Libertad.

Capítulo 8

La individualidad por encima de nosotros, la universalidad dentro de nosotros: El más alto conocimiento y la más grande experiencia/ La forma como el ser humano universal, la materia como el mundo encantado / La experiencia de la libertad

El examen anterior requiere un complemento esencial. Pues con la introspección de la existencia total del ser humano en el universo está conectada otra que se exige por sí misma. Sólo la iluminación mutua de las observaciones y experiencias complementarias las hace comprensibles y hace que el proceso artístico de creación aparezca bajo una luz clara.

La experiencia de realización y la existencia total encerrada en ella es, como se ha hecho evidente, sólo posible porque la relación del ser humano actual con el mundo espiritual no es la de un receptor sino la de un agente. Sin embargo, esto está relacionado con la idea de que la creación, y por supuesto la creación individual, es la idea más amplia, la base del mundo espiritual a partir de la cual se generan todas las demás ideas. Pues un acto de creación debe ser siempre un acto de autocreación, ya que de lo contrario un verdadero acto de creación sería otra cosa que sólo sirve al creador aparente como instrumento. Por lo tanto, la idea de libertad no puede ser realizada en el hombre por alguien o algo que posea poder sobre él, sino que, en la medida en que forma parte de su naturaleza, sólo puede generarla él mismo. Que es capaz de hacerlo lo confirma la introspección. Esta última hace que sea cierto que el ser humano, si llega a ser consciente de su verdadera naturaleza, no está bajo la compulsión de una legalidad externa, sino de una legalidad en la que se funde y que también crea él mismo. Esta legalidad creada individualmente es superindividual, ya que abarca todo el mundo. Para esta creación individual de la superindividualidad tenemos un nombre excelso: el de libertad. Porque la libertad no puede ser arbitraria, sino sólo de acuerdo con la realidad. Como este acuerdo no puede imponerse, sólo puede hacerse. Que se hace, lo confirma la introspección. La libertad es la creación libre y la legalidad libremente creada. Por eso la libertad, como fuente de legalidad ideacional, es la idea más abarcadora de la que surgen todas las demás ideas. Se ilumina en el ser humano, que a través de la introspección de su propia naturaleza verdadera y en concierto con ella se hace consciente de la naturaleza del mundo. Es la iluminación del mundo de las ideas dentro del alma humana, el firmamento interior del amor cósmico dado al hombre. La libertad es la universalidad en nosotros, el desentrañamiento de todos los seres en el desentrañamiento de nuestro propio ser.

Por tanto, la introspección no sólo nos permite decir "lo individual sobre nosotros", sino también "lo universal en nosotros". Lo primero es el conocimiento más elevado, lo segundo la mayor experiencia. Lo universal en nosotros brota del centro de la libertad, extendiéndose más allá de todos los límites. Este brote de universalidad desde el centro de la libertad humana, este relámpago de un firmamento que irradia hacia el exterior, es la forma de ser que el mundo (cuya naturaleza es espiritual) asume en nosotros al

unirnos amorosamente con la característica propia de nuestro ser. Se ha hecho evidente que también la característica de todo otro ser cuya distribución en el universo es tal que se despliega en la expansión de las relaciones ideacionales a través de las cuales el ser humano cognitivo enlaza cada percepción con todas las demás percepciones, cada característica con todas las demás características. Las criaturas de la naturaleza, sin embargo, no son capaces de esta vinculación a través de sí mismas. En su caso, la incrustación en la realidad sólo se produce a través del contexto general del mundo. Las criaturas de la naturaleza se integran en éste formando una estructura jerárquica en la que todos los seres están subordinados a la aparición del estadio más alto del proceso de la naturaleza, a saber, el organismo humano. Por lo tanto, la naturaleza de la libertad que dormita en su interior (la comprensión individual de la universalidad a la que pertenecen) no está evolucionada, y por ello todas las criaturas gimen por la libertad y la liberación. Y por eso el ser humano cognoscente es el liberador del mundo. Porque él da en su cognición a cada criatura la terminación ideacional, es decir, la humanidad. La cognición es la humanización. Sin embargo, como las criaturas de la naturaleza no son capaces de liberarse por sí mismas, están endarkadas. Llevan en sí la chispa espiritual, pero es una luz encantada. El espíritu es luz, porque no oculta nada, porque es contexto intrínseco y, por tanto, transparente en sí mismo, porque ilumina con su propia luz la oscuridad de la incoherencia. La luz propia es la chispa de la luz endarkada, el aislamiento hundido de la unidad en la oscuridad. Pues no hay otro venir-a-ser como ese desde sí mismo sosteniendo, el ser luminoso espiritual. Pero tampoco hay otra luz como la del ser unitario. Dondequiera que se rompa esta unidad, debe haber oscuridad. El mundo retoma este endarkenment en su contexto luminoso. Sin embargo, sólo es capaz de volver a conectarse con el mundo espiritual por sus propios medios un ser del tipo con el que el amor cósmico más elevado se ha conectado en un intercambio de ser. Esta clase es el ser humano. Su propia luz es liberada, desencantada a través del amor. La libertad es el amor convertido en luz, es el amor. La luz transformada en amor puede liberar la luz desencantada de los otros seres.

La naturaleza de la materialidad es luz encantada. En la creación artística se da a este encantamiento la apariencia de desencanto, la apariencia de libertad.

La forma y la materia pueden determinarse con mayor precisión sobre la base de la última observación realizada:

La forma es el ser humano universal que anhela la individualización. Esta individualización se produce en la cognición.

La materia es el mundo encantado que anhela la universalización. Este último es irradiado por la experiencia de la libertad.

La experiencia de la libertad es el quinto paso en el camino de la Filosofía de la Libertad.

Capítulo 9

La antropología estética de Schiller y la estética social/ La misión social del arte/ La disolución del rey de la aleación

Aquí se añadirá un examen más que está relacionado con la antropología estética de Friedrich Schiller.

La diferenciación que hace Schiller de las tres pulsiones básicas del ser humano, la pulsión del sentido, la de la forma y la del juego, ha suscitado poca atención, salvo por parte de Rudolf Steiner. La creación intelectual de Schiller apenas ha sido reconocida. Sin embargo, encaja perfectamente en las introspecciones desarrolladas aquí.

Mientras el hombre esté controlado por la pulsión de sentido o la pulsión de forma (las leyes naturales de su organismo o las formas de una legalidad externa a la que se somete) no es libre. Porque en estas pulsiones actúan fuerzas que no provienen de su verdadera naturaleza. El hombre sólo es libre mediante el desarrollo de su pulsión de juego, es decir, sólo en un elemento de juego que se despliega en sí mismo y se sigue a sí mismo.

El ser humano no puede jugar cuando está bajo la necesidad de su organismo ni bajo la coacción de mandatos, leyes o normas. El hombre es un ser individual, único, debido a su organismo. Este aislamiento, que se fundamenta en su organismo, está determinado por las leyes de la naturaleza. En su pensamiento absorbe el contexto general del mundo. Puede no reconocerse en él y no tener en cuenta que él mismo crea este contexto. Si esto escapa a su atención y si vende el derecho de primogenitura de su libertad por el desorden del potaje de las normas, entonces está determinado por estas últimas, que él convierte en una ley de sí mismo y en el auto-reconocimiento de su autoría las coloca como fuerzas de control por encima de él mismo. Cuando juega, determina, en cambio, una parte del contexto general según su propia decisión. Lo individualiza al individualizarse a sí mismo en la forma en que juega. De este modo, es libre. En el curso de esta doble individualización no se deja llevar por las pulsiones de su organismo, sino que integra su conducta en un contexto general. Tampoco se deja llevar por éste, sino que lo aprehende como singularidad individual, así en el modo vivencial que obtiene a través de su organismo. Tiene al mismo tiempo lo individual y lo universal a su disposición, impartiendo a cada uno la característica del otro. Es libre, porque no vive en una realidad que se le impone, sino en una realidad cuyo surgimiento determina él mismo.

El que juega, se juega a sí mismo, pero no para encerrarse en sí mismo, sino para encontrar la entrada a un mundo cuyo horizonte puede ampliar indefinidamente. Porque tiene el poder mágico que se deshace de todas las cadenas, ha alcanzado el estado libre de la conciencia. La conducta que emerge de ésta, el hacer que surge del juego de las fuerzas imaginativas, creativas, es también libre. Al mismo tiempo, también es bella, porque lleva la belleza del juego a un mundo no libre. Porque la belleza es en sí misma una plenitud que descansa, que se sostiene por sí misma. Sin embargo, la plenitud es la unidad y la interpenetración de los dos elementos con los que se construye

el mundo, lo individual y lo universal. Sin embargo, esto es el ser, la humanidad, el origen, el sentido y la meta del mundo, su sustancia. Lo bello es la plenitud, lo humano intrínseco es la libertad.

La forma en que Schiller hace comprensible la experiencia de la realización se corresponde con los resultados de las introspecciones aquí desarrolladas.

* * *

Capítulo 10

La experiencia de la forma y la humanidad como experiencia del destino/ La experiencia de la materia y la libertad como experiencia de la reincorporación del espíritu

La impresión obtenida en el camino de la experiencia aquí indicada se combina en una experiencia abarcadora.

La humanidad, esto se ha hecho evidente, es el ser original de todo ser. El hombre no es el producto casual y residual de un proceso destructivo que hace girar sus partes. Él es el principio estructural [Aufbauprinzip] del mundo. La realidad se construye a partir de la humanidad universal, hace surgir el fundamento orgánico de la independencia humana, ofrece al Hombre, sin embargo, también la sustancia espiritual, a través de cuya transformación en su ser humano individual puede encontrar el retorno a su ser original y en éste mismo puede ganar en la comunidad de espíritus libres el espíritu vital que se prepara para su nueva manifestación. A partir de la realidad, el Hombre encuentra su propia humanidad superior, el don y al mismo tiempo la tarea de dotar a su existencia individual de una forma de ser mejorada. La realidad es el destino del Hombre, es el origen, el sentido y la meta, el diseño que se le ha dado y la consumación que se le ha asignado a su existencia. Porque en todas las experiencias de la vida se encuentra a sí mismo como fundador de la realidad. Se recibe de esta realidad humanidad, se encuentra en sí mismo, imprimiéndose en la sustancia de su destino para, según el alcance de su impronta, volver a recibirse de ella en su realidad humanidad. No es una creencia, un dogma lo que sostiene esto, la introspección del diseño estructural de un grano de arena proporciona la evidencia de ello. Oímos decir a Angelus Silesius: "En un pequeño grano de arena, si te preocupas por entenderlo, todas las cosas de arriba y de abajo son imagen". La realidad es el destino del hombre, porque su forma es la humanidad, porque es la llamada del ser humano individual a dar a la humanidad universal sustancia a través de sí mismo nueva forma y a la forma en sí misma nueva sustancia. La experiencia de la forma es, por tanto, para el artista y el disfrutador del arte, al mismo tiempo, experiencia del destino: es el encuentro con uno mismo en todas las experiencias de la vida.

El hombre sólo puede tener la experiencia del destino, porque está conectado a través de la libertad, por ejemplo, a través de su pensamiento auto-entregado con la realidad. La experiencia de la libertad sólo puede tenerla, porque al principio está separado a través de su organismo del mundo espiritual que todo lo impregna, de la realidad uniforme, y porque puede reunirse con ésta mediante la superación de la influencia separadora en la independencia de su cognición. Esta reunión es al mismo tiempo la impresión de su ser individual en su ser universal.

De lo dicho surge que la experiencia del destino requiere una base en el organismo humano, por lo tanto la encarnación del ser espiritual del Hombre en una corporeidad. La introspección extrae de la encarnación los siguientes hechos: Como ya se explicó, la encarnación indica que el Hombre está en un destino. Pues su encarnación es la base para la co-creación de la realidad en la cognición. Esta co-creación es la autoformación de su existencia individual a partir de su existencia universal y la integración de su

existencia individual en su existencia universal (ya que a través de su conciencia individual se produce una nueva forma de aparición de la conciencia universal). El destino se muestra a la introspección no como destino o fatalidad, sino como una tarea. La solución de esta tarea en una sola encarnación se muestra incompleta, porque alude a posibilidades inigualables. Por lo tanto, el contexto del destino de una encarnación exige más encarnaciones. La conciencia del destino relacionada con la de la encarnación apunta en este sentido al futuro.

Pero también apunta al pasado. Porque el conocimiento no surge a través de la encarnación, no a través del organismo humano, sino contra él, a través de su represión. El organismo humano no determina el conocimiento, sino sólo su alcance, la posición del corte entre el percepto y el concepto. La tarea y el acto del conocimiento es, en cambio, la combinación, la cura de esta incisión. En esta combinación no sólo se forman conceptos individualizados, sino que también se desarrollan las capacidades de intuición (el intercambio de ser con el espíritu) y de individualización libre. Esto contrasta con las capacidades receptoras y activas del hombre. Sólo pueden surgir en relación con una encarnación (por tanto, en una encarnación), pero no a partir de ésta (por tanto, no a partir de la encarnación actual), sino sólo contra ésta. Puesto que el hombre, al nacer, entra en su organismo, en su corporeidad, con capacidades activas ya individualizadas, y puesto que estas capacidades sólo pueden desarrollarse en relación con un organismo, pero no a partir de éste (por tanto, tampoco a partir de la encarnación actual), sino sólo en contra de ésta, se deduce que la encarnación actual debe haber sido precedida por al menos otra. La conciencia de destino desarrollada a partir de la conciencia de encarnación apunta en ese sentido hacia el pasado. El atributo de la preencarnación de las capacidades activas actuales es, por tanto, una prueba para el hecho de que se cumpla la exigencia que surge para la conciencia de destino dirigida hacia delante: El hombre es un ser que se reencarna. Su humanidad se le acerca portentosamente como una tarea de su propio ser universal. Su solución es preparada por un organismo que le ha sido donado por la naturaleza y que gradualmente se completa o fracasa a través de los hechos y sus efectos de su encarnación (continuamente a ejecutar también en el curso de una vida).

Si se recuerda de qué manera la forma y la materia se caracterizan como universales e individuales, se estará de acuerdo con la siguiente formulación:

La experiencia de la forma y la humanidad es en esencia experiencia del destino.

La experiencia de la materia y la libertad es en su esencia experiencia de reencarnación.

El verdadero arte y la verdadera creación artística conducen al ser humano a estas dos experiencias. En ellas toma conciencia de su humanidad espiritual.

Las anteriores experiencias en el camino de La Filosofía de la Libertad se combinan en la experiencia de la reencarnación y del destino hacia la experiencia de la humanidad espiritual.

Capítulo 11

La luz y el amor como esencia de la materia y la forma

Lo anterior debe ser reconsiderado, porque sólo entonces la experiencia de la reencarnación y el destino, pero también lo que antecede, aparecerán plenamente significativos.

El carácter luminoso de toda la materialidad ya fue denotado. La particularidad natural (el ser individual) es luz encantada que anhela la revelación y la redención. La libertad es la autorrevelación del origen luminoso del individuo. Pero la libertad sólo es posible mediante el intercambio del ser. La libertad es la devoción del amor más desinteresado del mundo, es el amor más puro del hombre libre, es irradiar la propia experiencia de amor al mundo.

La esencia de la materia es la luz, la esencia de la forma es el amor. La devoción amorosa del hombre universal como la forma más elevada de todo el ser, para que su luz encantadora brille en la oscuridad y resplandezca fuera de ella, es la fuerza formativa que impregna el universo. El ser que se ha unido con el individuo portador de la forma universal del hombre, es ahí donde la tradición cristiana se dirige a él como "un Hijo del Hombre".

El amor de la encarnación y la luz del destino son transmitidos por el verdadero artista en su obra. Pues la luz y el amor son la esencia de la forma y la materia.

* * *

Capítulo 12

LAS ETAPAS EN EL CAMINO DE LA EDUCACIÓN DEL ARTISTA

Todas las etapas en el camino del aprendizaje de *La Filosofía de la Libertad* dan lugar a experiencias que acompañan el trabajo creativo del artista. Se revelan en configuraciones constantemente nuevas y lo confrontan con un enigma tras otro. Cada vez se vuelve consciente de la materia y la forma de diferentes maneras.

Las etapas del camino que el artista, guiado por las experiencias de observación psíquica según *La Filosofía de la Libertad*, puede emprender, se dan una vez más en el siguiente resumen:

- Experiencia de Intercambio de Ser (Plegado de Manos)
- Experiencia de Despertar y Protección (Despertar y Orar)
- Experiencia de velar y desvelar (Divinidad superior e inferior)
- Experiencia de la realidad (El individuo sobre nosotros)
- Experiencia de libertad (Lo universal en nosotros)
- Experiencia Social (Disolución de la Aleación Alma Rey)
- Experiencias de Reencarnación del Espíritu y del Destino (Luz y Amor)

Las exposiciones anteriores han sido concebidas de tal manera que quienes las sigan recorran un camino de formación y de escuela en el sentido y el espíritu de *La Filosofía de la Libertad* de Rudolf Steiner, cuya meta es la experiencia de reincorporación del espíritu y la del destino en la luz y el amor. Por lo tanto, esta presentación también pretende ser una contribución a la comprensión de la indicación de Rudolf Steiner de que el arte real y verdaderamente moderno es un camino hacia el conocimiento de la reincorporación del espíritu y del destino en la experiencia viva. Llegados a este punto, hay que plantear la pregunta (aquí sólo respondida de forma parentética) de hasta qué punto el curso de formación en observación psíquica conduce al desarrollo de tales órganos capaces de percepción suprasensorial. La respuesta exhaustiva a esta pregunta quedará reservada para una publicación dedicada a este tema.

(Aquí termina la Parte II de este libro, quedando dos apéndices por traducir).